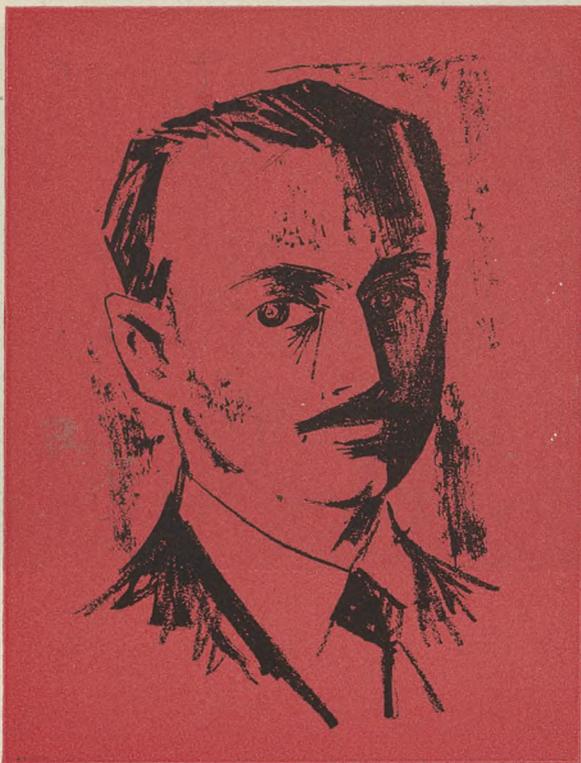


NEGOCIO

Por OTTO DE AUSTRIA - HUNGRIA



EN los primeros días del mes de mayo se alzó en Alemania la voz de un anciano que el mundo respeta y admira. Fué con motivo de la primera visita que Sir Winston Churchill hacía a un país que si algo le debe, es la derrota. El líder británico había ido a Alemania para recibir, en la ciudad imperial de Aquisgran, el homenaje que se rendía a su «espíritu europeo». Contestando a los discursos de elogio y adulación que con tal motivo se pronunciaron, Sir Winston pronunció a su vez unas palabras, del más bello estilo churchiliano, que tenían una significación política profunda. Y es que en él la pasión por la oratoria no es un mero amor al arte por el arte. Dueño y señor de los resortes del lenguaje, él siempre habla para decir algo. Y a pesar de no ocupar ya ninguna posición oficial, sus posturas políticas siguen teniendo todavía un gran peso, debido a que continúa dominando con su alta talla el panorama nacional inglés.

Y lo que vino a dar importancia al discurso de Sir Winston fué su «nuevo» modo de abordar la solución del problema de las relaciones con la U. R. S. S. Y al decir «nuevo» no damos a la palabra un sentido estrictamente literal. Porque la fórmula preconizada por el *elder Statesman* británico ya había sido propuesta mucho antes por el dúo Jrushchov-Bulgánin (1). También éstos pedían que se admitiera a la U. R. S. S. dentro de las alianzas de los países occidentales. Lo sorprendente de las palabras de Sir Winston fué el haber vuelto a proponer, por su cuenta y razón, un plan que los occidentales habían rechazado con horror en las conferencias anteriores.

A primera vista, esta sugerencia parece totalmente absurda. La admisión del enemigo dentro de la propia alianza equivale a la muerte de ésta. La N. A. T. O. no tiene sentido sino en cuanto que se opone a la U. R. S. S. Suprimida esta finalidad, que, además, no pasa de ser negativa, no tiene la menor razón de ser. La inclusión de Rusia dentro del sistema de la Organización Atlántica equivaldría, pues, a la disolución de ésta. Pero lo que más sorprende en el «plan Churchill» es la alusión de éste a la posibilidad de llevar a cabo este revolucionario cambio político aun antes de que se vieran logradas las condiciones mínimas de seguridad para el mundo occidental. Tal es lo que se deduce de sus palabras cuando afirma que este gesto facilitaría la reunificación de Alemania. Lo cual supondría dejar desmantelada la alianza occidental sin que los rusos dejaran en ningún momento de seguir manteniendo su posición dominante sobre el Elba. Esto no significa ya ser víctima del caballo de Troya, sino invitarlo adrede a que avance entre nuestras murallas.

Ya sólo el contrasentido que implica esta propuesta ha escandalizado a no pocos observadores, tanto más cuanto que nadie puede acusar de necio a Sir Winston. Si es cierto que el político inglés ha sido más de una vez víctima de su desbordada fantasía, también es verdad que en ningún momento ha dejado de defender los intereses ingleses. Si a veces ha sacrificado a otras naciones, incluso a naciones aliadas, siempre actuó como paladín acérrimo de la corona británica y defensor de su integridad. Por esta razón creemos que sería un gran error interpretar el nuevo «plan Churchill»

en el sentido que le presta su apariencia exterior. Nos parece evidente que sus palabras, tan sencillas y directas, encierran un sentido más profundo y que detrás del plan de Londres—porque no hay duda de que se trata de un plan londinense—se esconde una idea de carácter general que habría de estudiarse más adelante.

Hoy la política exterior de las potencias anglosajonas está a menudo influida por consideraciones de orden interno. Cosa detestable es ésta; pero también es, desgraciadamente, el precio a que han de pagar su sistema político, el cual, en compensación, ofrece otras ventajas. Ahora bien, Norteamérica se encuentra actualmente en plena campaña electoral. A su vez, Inglaterra está atravesando una crisis política. Desde las elecciones, el Gobierno de Eden ha perdido mucho de su antigua popularidad, como lo ha demostrado bien a las claras el resultado de las últimas elecciones municipales. Viene a agravar este mal el aflojamiento de la disciplina en las filas de los diputados conservadores, sobre los cuales Eden no tiene ya la autoridad e influencia que tenía hace sólo unos meses. Va ganando terreno el malestar provocado por su política imperial y su modo de abordar los problemas internacionales. Por todo esto se comprende que ni Washington ni Londres deseen en estos momentos que se creen nuevos problemas. Lo que desean es la calma y, cuando menos, una apariencia de paz y de tregua que les permitan restablecer su situación interior. Por eso, cuando en estos países se proponen planes políticos—por lo menos los de largo plazo—, no se hace con el propósito expreso de que lleguen a realizarse totalmente, sino más bien para ir creando una atmósfera favorable dentro del ámbito nacional.

Pero por encima de estas consideraciones de orden inmediato existe también una idea política de alcance mundial, una nueva especulación, que está ganando terreno, especialmente en Londres. En los círculos de la capital inglesa existe una creciente esperanza de que se produzca un conflicto entre Moscú y Peiping. Creen ver cierta tensión entre estas dos capitales, y por eso se comprende que los que entrevén la eventualidad de un serio conflicto hagan cuanto esté en su poder para ahondar el cisma entre las dos grandes potencias comunistas. De este modo se hace lógica la invitación hecha a Moscú. Al incorporar al Kremlin a una alianza de naciones europeas y americanas, se pretende crear una discordia entre los comunistas, un conflicto Europa-Asia, que hasta ahora no había hecho apenas más que servir a la causa revolucionaria. Así, pues, se trata nada menos que de un intento de vencer a los comunistas con las armas que ellos mismos habían forjado.

* * *

Si ésta es la idea que sirvió de base a la sorprendente proposición de Churchill—cosa que nos parece lógica—, nos importará mucho estudiar las premisas mismas que constituyen su punto de arranque. Si la especulación sobre un conflicto entre Peiping y Moscú ha de ser la base de una política, a nosotros nos toca indagar si esta política está o no justificada.

Comenzaremos por reconocer que hay señales evidentes de que existe cierta irritación entre Peiping y Moscú. Mao Tse-Tung ha seguido con paso tardío, como a remolque, la consigna de desestali-

nización. En toda la política asiática del bloque comunista se nota claramente una cierta vacilación. En aquellos puntos en que se tocan la influencia rusa y la china—en la zona de las Indias, por ejemplo—, la línea divisoria entre las dos no aparece ya tan clara y definida como en tiempos pasados. Sin pretender exagerar la importancia de estos fenómenos, casi podríamos afirmar que, de un lado, existe una facción partidaria de Moscú, y de otro, una facción partidaria de Peiping. Y si bien no hay discrepancia alguna entre las dos en cuanto al programa ideológico, sí la hay, y bien clara, en cuanto al criterio táctico. El Congreso del partido comunista indio, celebrado en Palghar a fines de abril, nos ha suministrado a este respecto algunos indicios bastante interesantes.

Pero, por otra parte, los contactos entre Moscú y Peiping siguen siendo tan frecuentes y cordiales como lo eran antes. Y dentro de la esfera económica, continúa la interpenetración de los dos imperios. Recordemos que muy recientemente los dos países decidieron aumentar en más de un 30 por 100 sus intercambios comerciales. Además, en los planes de desarrollo económico del Tibet y de la provincia de Sinkiang, se está intensificando la colaboración íntima entre los dos grandes Estados.

Vemos, pues, que aquí existen indicios contradictorios. Por eso creemos que sería por lo menos imprudente basar una especulación de política de gran alcance sobre unos cimientos tan débiles. Por otra parte, llegaremos a esta misma conclusión si nos fijamos en la marcha de las grandes tendencias políticas.

Es indudable que la actual integración de dos grandes potencias mundiales dentro del bloque soviético hace las operaciones de éste más difíciles. En los tiempos en que el Kremlin podía dictar órdenes a débiles satélites, era relativamente fácil adoptar decisiones. Un solo hombre, sentado en el Kremlin, dictaba toda la política a seguir. Hoy, en cambio, casi pudiéramos decir que la política exterior del bloque soviético está bajo una dirección colectiva. La fuerza de Moscú no es muy superior a la de Peiping. Además, tienen forzosamente que darse intereses encontrados, como en Occidente ocurre entre Londres y Washington. Se verán obligados a conciliar puntos de vista divergentes, lo cual exige paciencia y negociaciones. Pero esto crea, al mismo tiempo, cierta fricción. De aquí resulta, al menos en principio, la posibilidad de que llegue a producirse un verdadero conflicto entre Peiping y Moscú.

Y a propósito de esto solemos olvidar con demasiada facilidad un hecho tan importante como incontrovertible. En nuestro mundo occidental se habla a veces de una amenaza china contra Siberia: en un lenguaje de bellas imágenes y estilo poético se nos quiere hacer ver la creciente presión que ejercen centenares de millones de asiáticos, ansiosos de extenderse por una Siberia apenas poblada y dominada por una potencia colonialista europea. Demasiado hermoso para ser verdad, a nuestro juicio; un estudio detenido de la historia china nos enseñará que semejante eventualidad nada tiene de probable, ya que China vuelve, tradicionalmente, su rostro hacia el sur.

Los pueblos están sometidos a la influencia de grandes corrientes: no es sólo el mar el que tiene su «Gulf-Stream». Las naciones se mueven en direcciones geográficas que no es difícil descubrir. Así, los pueblos árabes tienen, tradicionalmente, la tendencia a una expansión hacia el norte. En

(1) Para el nombre del secretario del partido comunista ruso damos la transcripción de JRUSHCHOV (pronunciación: «Jrush-chóv»), en vez de la incorrecta de «Jrushchev» o «Jrushchef», tomada del inglés.

DE ILUSOS

MUNDO HISPANICO se complace en presentar a sus lectores un panorama de la política internacional debido a la pluma de su alteza real el archiduque Otto de Habsburgo. Cada mes publicaremos un artículo sobre tan sugestivo tema, que ofrecerá una visión objetiva del momento político. El archiduque es considerado como el comentarista más extraordinario de nuestro tiempo en esta materia y sus conocimientos están avalados por su vasta cultura, sus condiciones de estadista y orador, de conferenciante y escritor político. Su alteza real ha viajado por todo el mundo pronunciando conferencias, especialmente cotizadas en los Estados Unidos, lo que le ha permitido calar en el fondo de las divergencias que amenazan hoy a nuestra civilización. Ofrecemos en este número la primera colaboración de este carácter, que con el título «Negocio de ilusos» trata del sugestivo tema de la coexistencia, que tan desastrosos resultados puede aportar a Occidente.

cambio, los chinos tienen su centro de gravitación hacia el sur. Hoy, lo mismo que ayer, el régimen chino, a pesar de estar bajo un Gobierno tan ferocemente autoritario como el de Mao Tse-Tung, tiene que hacer frente a las mismas dificultades con que, antes que él, habían tropezado las grandes dinastías. Los funcionarios y técnicos chinos se niegan a dejarse trasladar a las provincias del norte. Y en esta decisión apenas hacen mella promesas ni amenazas.

Y esto es lógico, pues si, por una parte, la Siberia oriental es pobre, especialmente en productos agrícolas, por otra el potencial económico del sudeste de Asia resulta muy tentador para las masas hambrientas de China, las cuales encuentran allí medios de subsistencia con mucha mayor facilidad. Además, aquella región está, en proporción, tan vacía de pobladores como lo está Siberia en el Norte. Vietnam, Laos, Camboya, Siam, Birmania y la mayor parte de las islas indonésicas tienen una población muy escasa, dado su territorio y su capacidad de absorción. La conquista de esta zona daría a las masas chinas un territorio de colonización y un medio de vida durante siglos. No es extraño, pues, que la atracción que sobre ellos ejerce sea infinitamente superior a la que puedan tener los desiertos de nieve y los bosques del Norte.

De estos hechos se infiere que, aun cuando existan puntos de fricción, dista mucho de ser inevitable ese posible conflicto entre Peiping y Moscú. Lo creemos sencillamente posible, pero todavía no probable. Bien pudiera ocurrir que el Occidente encontrara ahí la gran baza. Pero basar una política en una esperanza tan remota, nos parece, por lo menos, arriesgado.

Y si los argumentos que parecen ser el móvil de la política preconizada por Londres son, como vemos, de una validez muy dudosa, por otra parte la tentativa de separar entre sí a las grandes potencias comunistas mediante la novedad de una amistad con la U. R. S. S. encierra para el Occidente peligros a los que sería fatal cerrar los ojos.

En primer lugar, existe en los países llamados satélites una opinión pública que es preciso no olvidar. Estos Estados europeos no han aceptado el comunismo por su libre voluntad: éste les ha sido impuesto por los acuerdos de Yalta, en los que ellos no han tenido parte ni voz. Fueron las grandes potencias occidentales las que entregaron al poder de Stalin a 120 millones de europeos.

Estos países continúan luchando, a pesar de todo, por reconquistar su independencia. Luego la rectificación política llevada a cabo por las potencias occidentales vino a infundirles una nueva esperanza. En este aspecto hay que destacar, sobre todo, la consigna «política de liberación» dada por Foster Dulles, la cual ha tenido una hondísima repercusión detrás del telón de acero.

También hay que recordar que este recrudecimiento de la rebeldía contra los rusos ha sido una de las grandes causas que obligaron al Kremlin a cambiar algunos de sus planes tácticos. Si Moscú no se ha atrevido a lanzarse a la empresa de conquistar el resto de Europa, ha sido principalmente por las enormes dificultades con que tropezó en su intento de absorber a los europeos del Este.

A pesar de su arrojo y valentía, estas naciones

necesitan una ayuda moral que les dé alientos. Después de todo, ellas luchan por su propia liberación y no por mantener al mundo libre en su actual opulencia material. Ya sólo aquella actitud pasiva de los occidentales frente al heroico levantamiento de los obreros que tuvo lugar en Alemania Oriental el 17 de junio de 1953 constituyó un golpe durísimo para aquellos pueblos: el hecho de que se hubieran limitado a aplaudir, sin hacer siquiera el ademán de dar un paso al frente, había sido una desilusión cruel. A esto vino luego a añadirse la coexistencia pacífica y el espíritu de Ginebra, gestos que los pueblos de la Europa Oriental consideran como actos de deserción. El espectáculo que ofrecieron los dirigentes occidentales riéndose, bebiendo copas y más copas de champaña y hartándose de caviar mano a mano con los verdugos de los pueblos cristianos del Este, tenía forzosamente que escandalizar a las conciencias más obtusas. Por su parte, los amos comunistas tuvieron buen cuidado de llamar la atención de sus víctimas sobre esta traición perpetrada por el mundo libre.

Si ahora llegara a producirse un nuevo gesto como el que propone Sir Winston Churchill, es casi seguro que inferiría un golpe mortal al espíritu de resistencia de los pueblos del este de Europa. Tal gesto sería la muerte de la última esperanza; al mismo tiempo haría desaparecer las inmensas dificultades con que tropezaba el bloque soviético y aniquilaría todo lo que para la seguridad de Occidente ha significado esta lucha subterránea de 120 millones de seres humanos. Ya no habría modo de remediar esta situación si un día llegara a cambiar la coyuntura internacional.

En segundo lugar, es seguro que se producirían también cambios en el mundo occidental. Una gran parte de la relativa seguridad interior de que disfrutaban las democracias occidentales se debe a que en todos estos países los partidos comunistas han sido reclusos dentro de un *ghetto* moral. Aislados del resto de los ciudadanos, apenas les quedaba ya la posibilidad de hacer prosélitos o de engañar a incautos. De ahí el estancamiento en que actualmente se encuentran. Y de ahí también el que hayan adquirido tan mala reputación como «partido importado del extranjero».

Pero si de pronto se admitiera a la U. R. S. S. en el seno de las alianzas occidentales, automáticamente se producirían cambios en el orden interno. Desde que comenzó a ponerse en práctica la coexistencia activa, han vuelto a asomar la cabeza las viejas ideas de los Frentes Populares. Si esta coexistencia activa diera un paso más hacia adelante, desbordando la fase actual, ya no habría medio de impedir la formación de Frentes Populares en puntos tan críticos como Francia o Italia. Fácil es prever las consecuencias políticas que este fenómeno acarrearía si llegara a producirse.

Finalmente, es más que probable que esta violenta alteración de las alianzas occidentales conduciría al desarme unilateral y efectivo de los países democráticos. Si algunos Gobiernos han aceptado, sólo para defenderse, los durísimos sacrificios que impone un ejército en pie de guerra, lo han hecho por temor a Rusia. Si este temor llegara un día a disiparse—al menos «sobre el papel»—, los pueblos occidentales, enervados por una prosperidad sin precedentes, exigirían el desmantelamiento de sus instalaciones y defensas militares. Por su parte, Rusia fomentaría este estado de espíritu mediante gestos puramente simbólicos, como

el que ha hecho Jrushchov el 14 de mayo; pero lo que ocurriría en realidad sería que el Ejército Rojo, casta dirigente de la U. R. S. S., retendría en sus manos la esencia misma de su fuerza, la cual iría aumentando en la misma proporción en que los occidentales fueran reduciendo las fuerzas de la guardia que tenían montada para su defensa.

Así, pues, la idea de la inclusión de Rusia en las alianzas occidentales presenta inconvenientes de orden muy práctico y real. Creemos que éstos no están en modo alguno compensados por las ventajas sobre las que se especula. Se abandonarían posiciones reales y tangibles a cambio de bellas perspectivas para el futuro, sobre las que ni siquiera hay seguridad. Y esto se llevaría a cabo precisamente en un momento en que una política más realista, más a ras de tierra, hubiera podido dar espléndidos resultados.

Porque es muy probable que hoy estemos en presencia de una crisis real detrás del telón de acero. Esta crisis está ciertamente dentro de la lógica de los hechos. Todo régimen pasa por estas crisis, como todo hombre pasa por sus fases de enfermedad. Esta crisis, naturalmente, es mucho más grave para la vida de un Estado totalitario que para la de una comunidad basada en el derecho natural. Además, por esta misma razón, la desestalinización y las sucesivas caídas de numerosos gerifaltes comunistas son fenómenos del más alto interés para nosotros. Rusia está pasando por un momento de debilidad, pero no es un momento mortal de suyo.

La gravedad de una crisis como ésta depende de lo que frente a ella hagan los adversarios. Sabemos muy bien que si el mundo libre se encontrara en un aprieto semejante, el Kremlin no vacilaría un instante en aprovechar su ventaja sin tomar aliento. Todo boxeador sabe que cuando el adversario comienza a flaquear, hay que emplearse a fondo, apresurando el resultado de la lucha. Sólo así se consigue la victoria.

Pues bien, lo que en estos momentos se propone con la nueva fórmula es dar al adversario que está flaqueando el respiro que él necesita. A cambio de una quimera, se quieren abandonar ventajas muy reales y dar al Kremlin una oportunidad no sólo para reponerse, sino incluso para sacar provecho de su actual crisis y aumentar su futuro poderío. Abandonar la política de liberación en el momento en que ésta comienza a dar sus frutos, es, por lo tanto, realizar un auténtico negocio de ilusos víctimas de una trampa. Es evidente que los dirigentes del Kremlin no harían lo mismo si se vieran en nuestro caso. Esperamos que, antes de que sea demasiado tarde, el mundo occidental se decidirá a escuchar la voz del más grande de los estadistas europeos: el canciller Adenauer. Porque si hay un hombre que a lo largo de los años ha sabido conservar su sano juicio, ese hombre es Adenauer. Cuando el mundo entero está vibrando con el eco de los gritos de coexistencia, el jefe de la nueva Alemania hace oír la voz de la razón. En este aspecto, el viaje de Adenauer a Washington (2) tendrá una importancia decisiva.

(2) Los resultados del viaje de Adenauer a los Estados Unidos han venido a confirmar los puntos de vista del autor de este trabajo. El Presidente Eisenhower, lejos de apoyar la tesis de Churchill, parece adherirse enteramente al criterio del canciller alemán al afirmar que la reunificación de Alemania sería un hecho inevitable.